



EXALTACIÓN A MARÍA SANTÍSIMA DE LA SALUD

Se comenzó a escribir el día 26 de julio de 2014, festividad de San Joaquín y Santa Ana. Se terminó de escribir el 25 de mayo de 2015, coincidiendo con la Venida del Espíritu Santo sobre la Reina de las Marismas.

NUNCA ME FALTES

**Que no me falte salud, Señora, para entregarte
cada día de mi vida, cada hora, cada instante.**

**Que no me falte salud, que las fuerzas no me fallen,
que quiero seguirte siempre, quererte como a mi madre
porque eres Tú ¡Madre mía! la luz que llega a raudales,
desgarrando las tinieblas, y rompiendo oscuridades.**

**Que no me falte salud, y que tampoco les falte
a ninguno de los míos, mis hermanos y mis padres.
Ni a mis amigos más fieles, ni a mis seguros leales,
ni a los que alegres al verme, vienen corriendo a abrazarme,
y a darme un beso de hermano. Ni a los que al paso me salen
ofreciéndome una mano, cuando más falta me hacen.**

**Que no me falte salud, y que la Fe no me falte,
que cuando falta la Fe se queda el alma en pañales.
Y el corazón late aciago, entre espinos y zarzales
sin saber donde está el norte frente a un vacío tan grande.
Que no te falte yo a ti. y si acaso te faltase
porque ya no tenga fe ¡Madre, Tu a mi no me faltes!**

“Vanidad de vanidades, todo es vanidad”. Comienza diciendo el libro del Eclesiastés. Y si sólo fuera vanidad... Pero es también prepotencia, soberbia, falsedad, orgullo, inquina, egoísmo, mentira, traición, saña, malicia, conjuras, ansia de poder, crueldad, despotismo, venganza, celos, injusticia, ira, intolerancia, desprecio, impiedad, abuso de autoridad, y un sinfín de sentimientos ajenos al Evangelio de Cristo, sin otra finalidad que hacer daño a nuestro hermano contraviniendo el segundo de los mandamientos que nos señaló Jesús. “Amarás al prójimo como a ti mismo” Así somos nosotros. Tan Cristianos. Tan cofrades.

Y cuanto más implicados estamos en nuestras cofradías, y más relevante es el cargo que desempeñamos en ellas, más interés y más esfuerzos dedicamos a no poner en práctica el mandamiento del amor, y del perdón, y de la caridad.

Que el Señor nos pide que perdonemos al que nos ofende, nosotros buscamos la ocasión propicia para devolverle al ciento por uno la ofensa recibida.

Que el Señor nos pide que levantemos al hermano caído, nosotros le ponemos los pies encima, para que el que ha caído no levante jamás la cabeza. Y si el hermano no cae, ya procuramos ponerle la zancadilla para que caiga. “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”.

Y para que se cumplan las escrituras, repetimos una y otra vez la misma escena de la Pasión. El traidor lo vende, el Sanedrín lo condena y pide que lo crucifiquen, y que suelten a Barrabás, al mismo tiempo que desde la turba de los foros cofrades gritamos sedientos de venganza: “¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!”. Y el Pilatos que llevamos dentro, en vez de imponer la cordura y hacer que se haga justicia, se limita a mirar hacia otro lado mientras se lava las manos, aunque, eso sí, con toda solemnidad y en una palangana de orfebrería repujada, que para eso somos cofrades. “Vanidad de vanidades, y nada mas que vanidad”

SALUDO Y GLOSA

Sr. Delegado Diocesano, Sr. Presidente del Consejo Local de Hermandades y Cofradías, Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Venerable Hermandad de Penitencia y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Perdón en sus Tres Caídas, María Santísima de la Salud de los Enfermos y Fuente de Salvación, y Apóstol San Pedro. Hermanos y fieles, Señoras y Señores.

Hace poco más de un mes, se cumplían cuarenta y nueve años de aquel lejano día en que una joven pareja, vestida ella de blanco azahar y él con traje negro, camisa blanca y corbata al uso, cruzaban las puertas de este templo para unirse en Santo Matrimonio.

Hace cuarenta y nueve años, mis padres juraron ante este altar amarse y respetarse hasta el final de sus días, y se dieron un “Sí, quiero” tan grande y tan rotundo que después de casi medio siglo aún resuena en los oídos de Dios con la misma fuerza que el primer día.

Ejemplo de fidelidad, entrega y respeto sin límites, que nos han dado a mí y a mis hermanos, haciendo de nosotros unas personas fieles a nuestros principios, entregadas a nuestras obligaciones y respetuosos con quienes respetan a los demás. Permítanme por tanto que de una forma muy especial les dedique a ellos este momento, y les de las gracias por habernos dado cuanto tenían, a ellos mismos.

Y permítanme también que agradezca a mi buen amigo Carlos las palabras de reconocimiento y cariño que me ha dedicado en su presentación. Carlitos, eres, más que un amigo, un hermano. Leal, verdadero. Servicial, pero jamás servil. Sincero como pocos y noble como ninguno. De los que saben decirte lo que está bien, sin falserío; y lo que está mal sin ofender ni hacer sangre.

Hoy me hubiera gustado dirigirme a ti como al Hermano Mayor de nuestra Cofradía de la Amargura, pero no es posible, y lo lamento, porque habrías sido duda el mejor Hermano Mayor, con diferencia, que nuestra querida Hermandad hubiera tenido en mucho tiempo.

Las circunstancias... y todo cuanto tu y yo sabemos... “Si hacen esto con el tronco verde, ¿Qué no harán con el tronco seco?” ¿No dijo eso poco más o menos Jesús en el Evangelio? Pues ya ves hermano ¡llueve sobre mojado!

Yo me gozo de contarme entre las personas a las que realmente quieres, y te cuento a ti entre las que verdaderamente quiero de corazón, y por eso, desde el momento en que Manolo y Carlos Granja me transmiten el parecer de la Junta de Gobierno de ser el exaltador de María Santísima de la Salud, tuve claro que nadie mejor que tú podría presentarme. Como Hermano de esta Venerable Hermandad y como amigo entre mis amigos.

ESENCIA DE BARRIO

Esta noche he cruzado las puertas de esta Santa Casa, a la que tantas veces acudí buscando el Sacramento del Perdón y la dirección espiritual de manos del desaparecido Padre Galindo, con una única encomienda: Exaltar las Virtudes de Nuestra Señora, en su Advocación de la Salud y Fuente de Salvación.

¡Que dos conceptos tan grandes unidos en un solo nombre! ¡Que dos dones tan necesarios fluyendo de un mismo venero! Dos regalos del cielo que brotan de las manos de la Virgen Santísima. La Salud del cuerpo y del alma. El remedio a nuestros males terrenos y la salvación eterna. Sanación y trascendencia espiritual, ¡ahí queda eso!

Y todo, por Tu intercesión mediadora ante la grandeza del Padre que nos creó a su imagen y semejanza, y que nos juzgará con imparcialidad inefable a cada uno según nuestras propias obras.

En cada una de tus Advocaciones hemos puesto un sentimiento distinto y hemos buscado una forma diferente de acercarnos a tu maternal protección.

Consuelo en nuestras adversidades, amparo en nuestras desesperanzas, refugio en nuestras dificultades, y en los momentos de amargura y sed de justicia buscamos en Tí el agua salvadora y vivificante de tus manantiales, para que beba nuestra Fe en tu ejemplo de entrega desinteresada.

Señora de la Salud, remedio de las enfermedades que nos doblegan y nos minan la dignidad humana, herencia del pecado de Eva.

Madre del Perdón de Dios, que nos levantas del polvo en el que nos postra la desobediencia de Adán, y nos ofreces la Salvación eterna que brota desde la humildad sencilla de Tu confianza en Dios.

Reina de los cielos y la tierra que has querido quedarte entre los hijos de tu pueblo para compartir con ellos sus preocupaciones y quehaceres cotidianos. Mujer sublime entre todas las mujeres, que sale al encuentro de los que buscan en Ti el camino hacia los demás. Hija de Sión que recorres cada rincón de tu barrio para llevar a cada casa y a cada familia los dones de tu gracia.

Y eres rociada de alburas que refresca los vetustos adoquines de la calle San Pedro, extrañando los pasados tiempos de bullicio y de trajín de un barrio entero.

Flor de cera jaspeada en calle Italia, y redoma de aguardientes y alambiques frente a la cárcel vieja, entre Crespo, Buenos Aires y Granada.

Limonero de cuatro lunas en el remanso sombrío de Siete Revueltas, y pozo de agua transparente en el huerto sin cercas de la calle Turia, vergel de primaveras sosegadas.

Blanco arriate cuajado de gitanillas y geranios en Santa Isabel, y antiguas cruces de mayo en Santa Ana, acorde suspendido en el recuerdo de aquellas noches de verbena desde la esquina de Carreño hasta Pedreras, donde todo se compartía, hasta la pobreza mas punzante y mas amarga.

Alero de tejas rojizas en Santa Águeda, y linde de maderas encaladas y barracas en Espinel, donde restallaban con chasquidos de aguacero las lloviznas de verano que dejaban en el aire olor de arenas mojadas.

Salterio de viejas de negro pañuelo, recubriendo en sus cabezas las pavesas de sus canas, que al frescor de las noches en agosto se sentaban a las puertas de sus casas.

Esa es la esencia, de este barrio de San Pedro.

Esa es su antigua fe, que tu devoción rescata.

Ese es el alma de esa gente que en el tiempo, fue dejando por la alfombra de tus calles sus pisadas.

Esa es la ideosincracia de tu pueblo.

Ese es el encanto que te pierde y te arrebató.

Ese es elpreciado bien que recibieron, fieles a sus tradiciones y costumbres más sagradas.

Y en medio de este intrincado dossier de estampas costumbristas y arraigados sentimientos, de profundas y ancestrales creencias heredadas.

De esta singular letanía de rincones que huelen a sal y a madre selvas, irrumpe como la alborada llenando de luz las sombras de la noche, la devoción de todo un barrio humilde y trabajador hacia la Virgen Santísima de la Salud.

Por las calles estrechas y tortuosas de esta feligresía, fue corriendo el caudal de amor sin medida y sin mesura que brota de la fuente inagotable de la llena de gracia, inundando cada hogar, cada familia y cada casa.

Regando con las aguas fecundas de la Fe los corazones afligidos de unos hijos que la buscan en la adversidad y en la abundancia.

En medio de todos vosotros, se encendió para iluminar el mañana de vuestros hijos, la luz radiante de aquella que con un Sí venció las oscuridades del mundo dando a luz al Hijo de Dios. Como se llenan de luces de cirios encendidos y de reflejos de plata cofrade cada palmo, cada revuelta de esas calles por las que pasa su palio en la noche de plenilunio de Parahsceve.

BENDITA ENTRE LAS MUJERES

Siendo sólo un chaval que no contaba aún los veinte años, tuve la suerte de ver como entre las naves de este templo germinaba una semilla de Fe Mariana, de la que brotó rápidamente la Cofradía Señera y ejemplar que conocemos en nuestros días.

Aquel acontecimiento, nuevo para mí, que pertenecía ya a una Hermandad con un largo recorrido a sus espaldas, me fue llenando de una mezcla de curiosidad y admiración.

No me quise perder la reposición al culto de la primitiva imagen Dolorosa de San Pedro, que, vicisitudes de la vida, fue la misma primitiva y fundadora titular de mi Hermandad de la Amargura.

Dicen que Dios escribe derecho con los renglones torcidos. Y así debe ser, pues aquella imagen que décadas atrás fue el origen de la Sacramental, Real, y Venerable Hermandad a la que pertenezco, quiso ser también el origen de esta Venerable Hermandad y Cofradía de Nazarenos que hoy me abre las puertas de su Casa para dar fiel cumplimiento a tan privilegiada encomienda.

Como todos sabéis, aquella imagen, precursora de dos Hermandades linenses que hoy comparten mucho más que la primera Titular, se venera actualmente en la Parroquia de Santiago bajo la advocación de María Santísima de la Amargura Gloriosa, dejando atrás un rico legado cofrade, materializado en dos Cofradías con estilo propio.

Dos Cofradías que llevo en lo más profundo de mi alma, y por las que he derramado lágrimas de emoción y sentimiento contenido en muchos y muy buenos momentos. Y de dolor e impotencia en otros, al ver como se las vilipendia impunemente sin motivo ni razón, viniendo a tirar contra ellas la primera piedra aquellos que por no estar libres de pecado debieran, no haber escondido la mano con cobardía, sino mostrarla valientemente reconociendo su culpa.

Hoy regreso a esta Santa Casa, que hago mía porque como a uno más de entre vosotros me habéis considerado, y es mi único deseo que mis palabras y mi prosa estén a la altura de las circunstancias, y sobre todo, que sean dignas emisarias de los sentimientos y devoción que a vuestra Bendita Madre le profeso.

Devoción que se ha ido fraguando a lo largo de los años, en el silencio repetitivo de mis Avemarías y mis plegarias, cada vez que he acudido ante sus plantas para invocar su protección o darle gracias por los bienes recibidos.

Devoción que aumenta y se fortalece conforme voy compartiendo con Ella los desencuentros de un mundo que ya no me aporta nada, porque nada espero de lo terreno.

Devoción que comenzó hace casi treinta años, cuando como una mocita vestida para la boda la vi vestida de blancura inmarcesible por primera vez en este Altar, recién llegada. Creo que entonces me quedé prendado de esos ojos que me miraron con ternura, y desde entonces sigo prendado de su belleza y de su gracia sobrehumana.

Como un enamorado, quise prometerle tantas cosas, que sólo acerté a decirte una. Que sería tu costalero si tu querías, y hasta que tu quisieras. Esa ha sido la única cosa que te he pedido y no me has dado.

Cuando algún tiempo después comenzaron los ensayos de costaleros y me acerqué al capataz para comentarle mi deseo de entrar en la cuadrilla de la Virgen, me desbarató mis ilusiones con una respuesta que no se me olvida: “Imposible, a la Virgen la van a llevar sólo mujeres”.

Me volví con aquel jarro de agua fría recorriendo mi desengaño, y debió verme tan mal, o quizás fuera verdad que necesitaran costaleros en el misterio, que me dijo que me quedara en el Cristo, que Ignacio andaba corto de cuadrilla.

Dicho y hecho, me dieron un costal y una faja morada, y aquella misma noche me quedé para ensayar bajo los palos de un misterio nuevo de talladas hojarascas de caoba. Y durante dos años o tres me mantuve fiel a las trabajaderas de Jesús del Perdón el Martes Santo, hasta que el cambio de día me impidió continuar porque el Jueves Santo yo tenía trabajo en la Parroquia ayudando en los Oficios al Padre Diego.

Ese es otro de mis grandes defectos, otra de esas tantas cosas mal hechas. Siempre procuré servir diligentemente a la Iglesia.

Muchas veces, cuando cansado tras la dura jornada de exorno floral en el palio de mi Amargura, me acercaba a buscar tu palio blanco de purezas y terciopelos, para verte siquiera un solo instante antes de marcharme. No he podido evitar decirte, sin maldad ninguna, bien lo sabes: “Me debes una” refiriéndome a esa vez que quise ser tu costalero y no me dejaste.

Luego vuelvo a mirarte, y me sonríes, y te digo en un guiño de complicidad y perpetua gratitud: “Y yo te debo cientos”

EN DEUDA PERPETUA

Faltaban sólo unos días para que la Semana Santa nos sumergiera a todos en ese remolino de sensaciones y vivencias que da sentido a la existencia de todo cofrade, y la Junta de Gobierno de esta Venerable Hermandad tuvo a bien, siguiendo sus cánones y costumbres, invitarme al traslado de las imágenes de sus Benditos Titulares desde el templo hasta la Hermandad, para ser colocadas en sus respectivos pasos a la espera de la Estación Penitencial.

Cuando llegué a la iglesia no podía imaginar que en breve iba a ser partícipe de un inolvidable momento sentido y cuajado de emotividad. Pensé que sería un mero espectador, y que me limitaría a acompañar al Señor del Perdón y a la Virgen de la Salud en su tradicional traslado.

Nada más lejos de la realidad. Desde aquella noche estoy en deuda perpetua con esta Hermandad, y en particular con el equipo de sacerdotes, que me permitieron compartir con ellos el instante íntimo de subir a Nuestra Señora a su palio.

Las manos me temblaban cuando José David me dijo que me subiera con él al paso, y que correspondía al exaltador el honor de colocar a la Virgen en su sitio.

Durante el breve espacio de tiempo que dura un abrazo fui, o al menos a mi así me lo parecía, la persona más feliz y afortunada de este mundo. Fueron sólo unos segundos, pero a mi se me antojaba un goce eterno que me inundaba el alma de paz y me hacía trascender a los planos mas elevados de mi espiritualidad.

Al acercarme a Ti, Señora, mis sentidos se inundaron del perfume a ropa limpia y almidón que emanaba de tu saya y tu tocado. Y la suavidad del tul bordado de tus encajes y blondas me rozó la cara haciendo que se me erizara cada poro de mi piel, desde la nuca hasta los talones.

Una experiencia inolvidable que permanecerá siempre en lo mas profundo de mi alma y que será el mayor de los misterios que habré compartido contigo, cuando el Señor me llame a su presencia en el ocaso inevitable de mi efímera existencia.

Pero aquella noche hermosa y plena de satisfacciones personales guardaba todavía para mí una vivencia especial.

Aquella noche, un niño me hizo comprender con sólo un gesto lo que tantas veces había visto sin saber ver en los Evangelios. Desde entonces tienen sentido para mí las palabras de Jesús cuando dijo que quien no se hace pequeño como un niño no entrará en el Reino de los Cielos.

¿Con qué sencillez me enseñaste, amigo Andrés, a querer de verdad a la Virgen! ¿Con lo fácil que a ti te resulta hablarle de tu a la Madre de Dios, sin verdades a medias ni medias mentiras? ¿Cómo puede costarnos a nosotros tanto trabajo ser sinceros y legales con Ella?

Eres el ejemplo de vida Cristiana que quiero seguir, porque tú sabes lo que quiere Dios de ti y no te conformas con menos. Si alguna vez volviera a ser de nuevo un niño, solo quisiera ser como tu eres hoy.

Los tres, tú, la Virgen, y yo, guardamos un secreto que a nadie mas le importa, porque entre otras cosas, tampoco lo entenderían. Tú sólo querías verla a Ella, y que yo, sin quererlo, te lo impedí.

Hoy quisiera recompensarte de algún modo por mi torpeza, y te pido que aceptes estos versos que te dedico desde la admiración y el respeto que siento hacia ti.

EL NIÑO TRAS LA VENTANA

**Tiene una ventana humilde
la calle Siete Revueltas
donde esperando a la Virgen
se pasa la noche entera
un niño, alegre, del barrio
sólo esperando por verla.**

**Ya desde la media tarde,
entre carrera y carrera
se acercaba a los cristales
asomando su impaciencia,
y volvía a preguntar:
¡Mamá, mamá! ¿Cuánto queda?**

**Y a la pregunta de siempre,
siempre la misma respuesta
dándole un beso en la frente
la madre, dulce, contesta:
“Juega tranquilo mi niño,
la Virgen pasa a la vuelta”**

**Vio pasar los nazarenos
calle arriba, hacia la iglesia,
con antifaces morados
la cara, siempre cubierta,
entre un revuelo de capas
y túnicas de estameña.**

**Otra vez, corre y pregunta,
y otra vez se desespera
sintiendo pasar las horas
mientras la noche se acerca
con su paso inexorable,
pero la Virgen, no llega.**

Quedó atrás la media noche,
corre la brisa, más fresca
levantando los visillos
de aquella ventana abierta,
para adentrarse en la estancia
con un susurro de telas.

En la penumbra del cuarto
el niño, llora y bosteza,
mientras con vaivén cansino
la mecedora se queja,
al compás de los crujidos
añejos, de su madera.

Se fue quedando dormido
el niño, en tan larga espera,
sobre el cómodo regazo
de la madre, siempre en vela
que le dice con cariño:
¡Duérmete mi amor, no temas!

¡Duerme tranquilo, mi cielo
que yo te miro despierta!
y voy a velar tu sueño
lo mismo que un centinela.
¡No temas, que yo te aviso
en cuanto la Virgen venga!

Feliz se durmió el chiquillo
soñando solo con Ella.
Su Virgen de la Salud
como una blanca azucena
venía en un palio blanco,
entre varaes y cera.

Rozaba la madrugada
del alba, las horas previas,
cuando un rumor de atabales
por la ventana se adentra,
rompiendo el silencio espeso
de la tenue duermevela.

Con lágrimas en los ojos
el niño, alegre, despierta.
¡Mamá, que viene la Virgen!
¿No escuchas como se acerca?
¡Corre mamá, a la ventana!
¡Ya está aquí, acércate a verla!

Al son de un tenue racheo,
el palio lento navega
con su rumor de alpargatas
regastándose las suelas,
entre gemidos de plata
y llamas que chisporrean.

Pasó tan cerca del niño
que casi a rozarlo llegan,
de las blancas bambalinas
los flecos que juguetean
en aleteo de bellotas,
de borlones y de sedas.

Y en los vidrios transparentes
el resplandor se refleja
de los cirios, encendidos,
que consumieron su cera
por darle luz a la Virgen
en la noche oscura y densa.

**En las ánforas de plata
las flores, que otrora fueran
tan hermosas y lozanas,
ahora van mustias y yertas
desprovistas de fragancia,
de candor y de belleza.**

**Cansada vuelve la Virgen
cuando a su barrio regresa,
y el niño tras la ventana
en silencio la contempla,
y su madre le acaricia
los rizos de su cabeza.**

**Se vuelve a quedar dormido
mientras la Virgen se aleja,
perdiéndose tras la esquina
de una revirada eterna.
¡Mi vida, duerme tranquilo!
¡Y sueña siempre con Ella!**

PUREZA SOBRE PUREZA

**Es la Virgen de la Salud, peculiar en todo cuanto la rodea y la
identifica. Peculiar es su forma de caminar hacia el alba del
Jueves Santo, porque bajo sus trabajaderas hay una cuadrilla de
mujeres que le imprimen su estilo propio al andar grácil y
liviano de su palio.**

**Peculiares, y diferentes, sus tocados y encajes, que la diestra
mano de José David repliega una y otra vez sobre el rostrillo,
prendiendo mil alfileres en formas churriguerescas de Cofradía
de barrio. Diferentes van sus flores, en estallidos de colores
pasteles sobre blanco, y diferentes los cirios sobre la candelería
que Josema y Francisco se afanan en mantener encendidos
luchando a degüello con la brisa de levante.**

Y diferentes, y genuino, es el blanco resplandor de nieve pura del universo entero que la rodea, porque todo en su palio es blanco, como la pureza de las azucenas virginales que el Ángel le mostrara en aquella lejana Anunciación de Nazaret, que se renueva en su capilla cada veinticuatro de marzo.

Promesa de encarnaciones de un Dios que para hacerse humano buscó la hermosa blancura de su vientre consagrado.

**¡Porque te llevan mujeres
tienes andares de reina!
Y un requiebro en tu cintura
de junco que se cimbreo,
y una elegancia en el gesto
y un gracejo que embelesa,
y un porte tan comedido
en cada paso que echas.**

**¡Porque te llevan mujeres
llevas andares de reina!
Y un apresto de almidón
y un aroma a flores frescas,
y un revoleteo blanco
de enagua planchada y tersa,
y las hechuras galanas
de las hembras de esta tierra.**

**Y una biznaga en el pelo
recogido en una trenza,
y una sonrisa en los labios
y unas pestañas tan negras,
que la envidian las endrinas
de los arcos de tus cejas.**

**¡Porque te llevan mujeres
Eres mujer entre ellas!**

**Blanco, siempre sobre blanco
Pureza sobre purezas,
Y en el Edén de tu palio
tienen las hijas de Eva,
un remanso de costales
y un mar de trabajaderas.**

**Blanca tu saya bordada
con lirios y hojas de acanto,
puntada sobre puntada
tu toca de sobremanto.**

**Blancas tus lágrimas puras,
de sal amarga tu llanto
blancas están tus mejillas,
blanco el pañuelo en tu mano
exultante de fragancia,
como un pétalo de nardo
cuajado de lentejuelas
que josema fue enhebrando,
como enhebran Avemarías
las cuentas de tu rosario.**

**Blancas las flores fragantes
que en tus jarras van temblando
Sobre sus tallos enhiestos
marcando ufanas el paso.
Mientras se duerme la luna
sobre el cielo azul de raso,
suspirando en los reflejos
de tu ajuar de plata y blanco.**

**Blancas son tus bambalinas
sobre varaes danzando
dejando briznas de flecos
brillantes como chispazos,
chicotá tras chicotá
la noche del Jueves Santo.**

**Blanca es la cera que llora
desde los cirios, dejando
un lagar de lagrimones
derramados a tu paso,
que parece que llorara
de amargura todo el barrio.**

**Y blancos son los faldones
delimitando el espacio
sagrado, de las vestales
Que se consagran debajo,
Blancas las perlas mas blancas
del mar profundo y lejano
que dan a tus alfileres
su remate nacarado.**

**Blanco es el tisú de plata
de tu corpiño ajustado
y blancas son tus enaguas
de algodón muy bien planchado
atadas con blancas cintas
y alforzas bancas de raso.**

**Blancos los astros del cielo
con brillos de azogue aguado,
y blancos son los reflejos
de tus zarcillos de cardos.**

**Y los jazmines morunos
saltan las tapias de un patio
para poner a tus plantas
un mar de pétalos blancos.
Y el ensueño de su aroma
de fragancias saturado
se esparce a golpes de brisa
por cada rincón del barrio,
embalsamando la noche
de perfumes y presagios.**

**Y el eco de una saeta
que desde un balcón forjado
cruza la noche y se clava
en tu dolor traspasado,
es como oración funesta
que restalla como un látigo
arrancándole al silencio
la gratitud de un aplauso.**

**Y una callejuela estrecha
ensancha sus muros blancos
de cal, entre desconchones,
para que pase tu palio
rozando con las bellotas,
y los borlones dorados
las pálidas hojas verdes
del trébol, de los tejados.**

**Nunca la Madre de Dios
Tuvo un cielo más cercano.
Ni la Reina de los Cielos
un reino más soberano,
que para honrar a la Virgen
se basta y sobra su barrio.**

**Este barrio de San Pedro
desde el que extiende sus manos
repartiendo a manos llenas
gracia de Dios, a diario,
¡Ay! Virgen de la Salud
blanco siempre sobre blanco.**

*Con todo mi cariño, a mis amigos y hermanos en la devoción a la Señora de la Salud.
A Inma, a Isabel, a Noelia y a Juani, a Francisco, a Dani y a Goli,
y a todos cuantos me habéis dado un sitio junto a Ella.*

Francisco José Corral rojas.